

# EGĀN



2

1949

Suplemento de Literatura del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

## SUMARIO

*Juan Santamaría Ansa:* In Memoriam.  
Melancolía. Cementerio de aldea. Campanas. Antropos. La Buhardilla.

*José Aguerre:* Egutegian. Oar-ketan.

*José Miguel de Azaola:* Casi un cuento.

*Su-ondoan:* Piarresh'en izialdura.

*Antonio Vega de Seoane:* Semblanza de los leales amadores.

*Bibliografía:* Un poeta barroco. Un nuevo libro de Luis de Castresana. Un poeta levantino.

# JUAN SANTAMARIA ANSA

Hoy damos paso a un poeta de la escuela rubeniana, D. Juan Santamaría Ansa que ha sabido captar las esencias más finas y las formas mejor perfiladas del gran maestro de la poesía hispana, de fines del pasado siglo.

## IN MEMORIAM

*Al poeta donostiarra Manuel de Munoa, autor de "Esculturas de niebla" y de "Viejos motivos".*

Porque, al leer sus versos, todo el aire se puebla, como en los Eddas nórdicos, de "esculturas de niebla" y se oyen los románticos acordes redivivos —antiguos y nostálgicos— de sus "viejos motivos", hoy, cerca de su tumba, decir quiero una loa en recuerdo y elogio de Manuel de Munoa.

Era pálido y rubio, de grandes ojos claros que tenían un fondo de ingenuidad y ensueño; su rostro destacaba su perfil marfileño cual medallón de un plinto, sobre el mármol de Paros; su ademán era tímido, noble y sentimental, y en su vida y sus obras, serenas y seguras, se mostró enamorado de su ciudad natal a la que hizo la ofrenda de sus rimas más puras.

Escuchaba en sus ámbitos, con el mar a sus pies, "los ecos de la música dormida de las cosas"; la espiritualizaba como un místico, pues "más que el color se aprecia el perfume de las rosas"; Y su verso vibraba noble, sencillo y grato —sereno y fiel reflejo de su mundo interior— digno de ser leído con íntimo recato por haber sido escrito con íntimo fervor.

Ya su espíritu habita las regiones supremas donde es música el verso y el alma caridad, y aun suenan, como dulces ecos de sus poemas, los vientos y las olas que arrullan su ciudad.

## MELANCOLIA

Cuando se va apagando el día  
me roza el ala del recuerdo  
y —como en un sueño— me pierdo  
en una rara fantasía.

No es ni tristeza ni alegría,  
liviano afán ni anhelo cuerdo,  
dolor ni amor... Cuanto recuerdo  
es sólo ya melancolía.

Torno a vivir las emociones  
de pesadumbres o ilusiones  
que no creía conservar,

y me desligo del presente,  
proa al pasado, suavemente,  
como un navío sobre el mar.

## CEMENTERIO DE ALDEA

Sólo una cruz de palo  
sobre la tierra seca...

¿Y qué más da?

Yo sé la breve historia  
de toda su existencia:  
amó, sufrió, murió, y ahora su cuerpo  
retorna al seno de la Madre Tierra.

Sólo una cruz de palo,  
y allá arriba, sobre ella,  
la luz del Sol, las sombras de las nubes,  
o el pálido fulgor de las estrellas...

Sobre las pobres cosas transitorias  
el constante latir de las eternas.

## CAMPANAS

Hay campanas antiguas de almas sentimentales  
que no parecen hechas con inertes metales.  
Se albergan en románicos campanarios rurales  
o en las góticas torres de viejas catedrales.

Sus voces son cascadas, pero plenas de encanto;  
están, tal vez, cansadas de haber sonado tanto;  
suelen echarse a vuelo en algún día santo,  
pero en sus campanadas siempre hay algo de llanto.

Han sido pregoneras de sucesos diversos  
en los prósperos días y en los días adversos,  
y han llenado la Tierra con sus ecos dispersos  
que aún laten en el aire con un rumor de versos.

Cuando solemnemente dejan oír sus sonos  
se adormece en las almas la voz de las pasiones,  
y al místico conjuro de sus modulaciones  
se oye la voz eterna de otras generaciones.

Todo lo envuelve un vago, profundo misticismo;  
se abre ante nuestros ojos todo el inmenso abismo;  
se percibe que el tiempo solo es un espejismo,  
y habla el Sabio, diciendo: "Todo es uno y lo mismo".

## ANTROPOS

*A mi hermano Carlos.*

Antropos, dueño despótico de todo el ecúmeno,  
de cinco continentes y de siete océanos,  
Rey manchado de sangre, sucio aún del sudor y del polvo  
de las fieras batallas,  
se ha sentado ante el mar, sobre el lomo de la gran cordillera  
y, a solas, medita,  
con la triste mirada clavada en el turbio horizonte.

Las edades remotas geológicas mitos despiertan  
en su mente cansada.  
Mnemosine, la hija de Urano, en sus diáfanos velos le envuelve,  
y los siglos pasados, espectrales, impávidos, fríos,  
resucitan y alientan en borrosas visiones de historia.

Se ve joven y fuerte, persiguiendo en las selvas la caza  
—Meleagro que busca la huella del feroz jabalí de Artemisa—  
o en la fresca ribera, desbastando los troncos robustos  
para domar las olas con su frágil eskuife.  
Se ve —Heracles— dominando al león y a la hidra.  
Domestica a la oveja, y a la vaca y al perro.  
Y un día glorioso, cabalgando en un potro salvaje  
—Perseo desnudo que Pegaso, domado, soporta—  
se hace hermano del viento  
y da al cielo su grito de victoria, estentóreo y profundo.

Capta el fuego que devasta insaciable los bosques ingentes  
—Prometeo maldito que los dioses castigan a eterno tormento—  
y en esclavo lo vuelve.  
Fundes el cobre y el hierro, y da temple a sus armas de muerte.  
¡Labra, siembra y cosecha, hila y teje.  
Abandona la oscura caverna  
donde un día, troglodita vecino del oso,  
habitará cubierto de pieles,  
y construye, y levanta ciudades, portentosas columnas,  
arcos, pórticos, bóvedas, maravillas de cúpulas,  
y en el mármol augusto talla estatuas y esculpe leyendas  
y en las tablas de bronce deja escritas sus leyes.

Nuevo Atlante, gravitan cien siglos abrumando sus anchas espaldas  
mas no mengua el vigor de sus músculos  
ni el calor de su sangre  
y es más grande que nunca la soberbia ambición de su mente.  
Se hace entonces filósofo, y mira con desdén sus pasados trabajos;  
es Pitágoras, Gorgias o Sócrates, Platón o Aristóteles;  
medita, especula y aunque cien veces quiebra sus alas  
contra el cristal cuajado de la esfera celeste  
otras cien acomete con ímpetu la misma tarea...

Mas los siglos que pasan van dejándole un peso en el alma;  
un vacío interior le remuerde y un pesar inefable le angustia  
—dolorido pesar— que en sus labios pone muecas escépticas  
y que marca su frente con hondas arrugas  
como marca la gleba la fatiga del genial Triptolemo  
entrebriendo los surcos que un vaho tibio desprenden  
Y la duda, la duda terrible,  
se alza entonces del fondo de su alma;  
el por qué y para qué de las cosas; su origen y fin...

Como Sísifo

sube a rastras la falda del monte mas no llega a la cima  
porque siempre el peñasco, rodando, se sepulta en el seno profundo.  
La imprecación que lanza no conmueve los dioses,  
y de nuevo sus brazos se aferran al peñasco y sus plantas al suelo...  
Y así eternamente.

Y hoy tus hijos, oh dueño despótico de todo el ecúmeno,  
señor de los mares y los continentes, señor de los aires,  
Antropos augusto,  
hoy tus hijos que quisieron ser libres  
—Titanes vencidos por Zeus— en el fondo del Tártaro gimen  
empapando su sangre tu imperio como en un sacrificio de arúspices,  
mas el viejo Destino guarda silencio siempre.

Eufrosina, Talía y Aglaia,  
las tres Gracias puras, de alba túnica y de rostros serenos,  
han huído del mundo.

Tu indómita raza que exploró la doctrina esotérica  
no alcanzará la dicha que buscaba tu orgullo.  
Y por ello ante el mar, sobre el lomo de la gran cordillera,  
Antropos, meditas a solas,  
con la triste mirada clavada en el turbio horizonte.  
Y los dioses, impávidos, te contemplan y no se conmueven.

### LA BUHARDILLA

La buhardilla se empina sobre las tejas pardas  
y mira con el ojo de su ventana tuerta,  
como gorrión ahíto que, subido a las bardas,  
lanzase displicentes miradas a la huerta.

Ve el gran mar de tejados, descolorido y turbio,  
de donde emergen torres, cúpulas y rotondas,  
y —al fondo— chimeneas y masas del suburbio  
que cubren humos grises y albas nubes redondas.

Es todo ello prosaico, desabrido y vulgar  
pero ante la ventana, con alegres colores  
que hace fulgir la gracia de un destello solar,  
hay un grupo de tiestos rebosantes de flores.

Y la buhardilla —sabía como una buena anciana—  
dice así su sentir poético y sincero:  
“No busquéis la ventura yendo a tierra lejana;  
la hallaréis a la sombra de vuestro propio alero”.





# EGUTEGIAN

## OAR-KETAN

*Jose Agerre: Iruñe-ko idazlari ezaguna: Euskaltzaindi-ko urgazle eta orain olerkari-bidea airoski artzera duana.*

Urrillan

### **Dom Bruno**

Euntan emeretzi  
berrogei ta zortzi,  
urri-illean  
seigarrenean  
nekean badare, al gera bizi.

Etzetik atera  
aire zabalera;  
degunaz susma,  
erria da ema;  
aizea baratu, bakean gera.

Basoan, ixilik;  
aizere ez ixpirik;  
goian da bare,  
errekan ere;  
aditzen ezdela iñun ozenik.

Orain, beti, lehen  
aizeak ezuen  
txistua baizik  
eraunts zelarik;  
gu gaizo geranok ola ginuen.

Areago-re du;  
bai ziñez ohartu  
aizea dela  
iarduki ergela  
barra-barreatzen ots eta soñu.

Egalek, aukera  
joateko nai-nora;  
aize gabarik  
ez da trabarik  
zear egiteko, goiti-beitira.

Txoririk ez nabai,  
oiurik ez nunbai;  
airean keia  
ezin barreia;  
zeruan, lañoa, txurizko sapai.

Gilen, urrutian  
aizkora-lanian;  
ari da gogoz  
kaska-kaska joz;  
soñua zait eldu kaska banian.

Txuriko'k ez sainka;  
ez ardi-marraka;  
Yakue mutikoak  
maltxo-maltxoak  
larrean txerriak eroso dauzka.

Eskolaren ondo  
mutikoak multxo;  
egun orotan  
ari pillotan;  
gaur bañan mutikoak oro daude so.

Zer dan ezin uste  
egunari dut galde;  
beatza agoan  
Dom Bruno zegoan:  
Ixio, nik dudala egun au nere.

## Urrelilia <sup>(1)</sup>

Gerkeraz (2) ere ola deritza;  
idulez (3) deiken ez ei da itza;  
ikurraz kide?  
“txiripaz” ote?  
izenok guziz ezdakar egi:  
nerek airatu oin funts gabeki?

Udazken-lili, auxen bai gerta,  
sasoi ontako erregin beita;  
dituen margoez,  
txuri, ñabarrez,  
arro ta mardul, parerik ezdu;  
otzak eztare ezdio izitu.

Orritan dena iltzen delarik,  
urreliliak burua txutik;  
ezgero uste  
nola nai erè;  
margotan ba'da, fiñura baiki,  
ikartze gozo baitere dauki.

Oro da bakan lili bitxion,  
mixterio larri bide bat berton.  
Nola, ba, deike  
ain dezan erne  
urrelilia, beste loriak  
agor dituen ipar gorriak?

Eskualdeon beintzat illen lorea  
ba'zeneritza, ginuke obea.  
Auxen seguru  
badagokizu;  
alatan ala, zer nai den ere,  
arlotz jatorako autu zaituzte.

---

(1) Crisantemo.

(2) Jrus ánzemon (flor de oro).

(3) A la inversa: euskeratik gerkerara.

Aren txuria oin da gongoren;  
illendako re du "tira" gizen;  
    t'iñork ez iguin  
    ba ere daukiñ  
beltzaile-seta, etarikona  
illak nai baiture ulunez "tizna".

Zenduak (4), oin beltz, zergatik ote?  
kolore beltza, iduriz, leize;  
    beltzuna ezdea  
    argi gabea,  
txuriai gosez jaten diena?  
Uxa zagun beti argi ezdena.

Iltzen delarik gure maite bat  
diruri bidean iya inpernat;  
    zer dakarra, ba,  
    beltzera lerra?  
Sinets ba'ginu, legea danez,  
jauntziko giñake argi-margoez.

Urreliloi, utz, ba, nik gorets,  
azaltzen zarela zer den kolorez;  
    leia dizut nik;  
    ñabar ala orik  
ba'zinetorkit, ber onetsiren;  
argi-jatorriz, zaudela zauden.

---

(4) Illak direnak.

Abenduan

### Jaun done Toma Cantorberi'koa

Ill ontan dugu done bat aundi,  
zeru goitian dagola;  
Eguberrietan, ezba'litz aina,  
jarriko ezuten bereala:  
Cantorbery'ko Gotzai errimia,  
makur-ezina ta zaila;  
soin eta gogoz azkarra izanik,  
otzan il zen eta apala.

Iesu'k munduan Goiko Jaunaren  
ahala zeukan legezki  
Olio-baratzan giza purtzilak  
birrin al zituen errezki.  
Iñork bañoago gaitza ikusteko  
argia zuan egoki,  
baita bularran su bat minago,  
gaitzari bearrez iardoki.

Au ta guztire, Iesu, baketsu,  
bildotxa-gisaz eman zen,  
ixil-ixilik, bigun ta ezti,  
Petri'n urrakoa adabatzen.  
Orduz geroztik ikusi tugu,  
eriod ezta ez izitzen,  
kistar zindoan eredu autak  
itz esan gabe pairatzen.

Iesu'ri Toma'k bai artu dio  
antza t'iduri bizia;  
nai ezbeitzuen etsai zakarra  
dadin indarrak ukia;  
armarik ere ezdela behar  
zaintzeko etxe donia  
bailitza soilik gaztelu-molde  
guda-legez eutsia.

Orra noiz zituen Toma zuhurrak  
itzak, ospatsu beitira;  
arerio latzak bila zebilzkion  
bazter orotan begira,  
txede biurriz, marruma gaitzez,  
patari-gosez eizira,  
mendekio gorriz aspertu-galez,  
deus ez izaki kupira.

Ikara gabe zegoan Toma,  
biyotz zaintsua tin-tinko,  
ta bere baitaz abiatzekotan,  
etsaiak zituen autsiko;  
oldez gotorra, buru bipila,  
odol berozko bai golko,  
alderditarrez eliza bete,  
gudura zuken beharko.

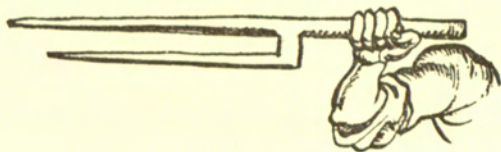
Onen gañera, elizakoak  
oiuka naiak oldartu,  
behar-beharra ba'zuten ere  
beren burua garbitu.  
Onen arian badoatzi zalu  
naita barnetik ertxitu,  
noiz eta ere beste batzuek  
Toma beitate inguratu.

Bañan Gotzaiak gregor eginez  
kataska-eskeko karrari,  
maltso agertzen da, Kristo bezala  
ola mintzatzen delari:  
"Zabal dizogun bildurrik gabe  
" bila datorkidanari;  
" "more castrorum" Eliza Deuna  
" aldeztearren ez ari;  
" Goiko Jaunaren oru deatsua  
" gaztelu-gisan ez gorde;  
" Artzai naizenaz iltzeko ere  
" gertua daukit nik olde;  
" beraz ordean begira zazue  
" elizakori ez kalte.  
" Jaunaren lege zorrotza beita,  
" minki dezute bear bete."

Giza anker aiek, ederrets utsez  
Erregearen asmua,  
Tom gurenari otzan alare  
moztu zioten burua;  
Moztu ta amorru gaitzak artuta.  
Toma'n uina, berua,  
elizan zuten sakabanatu,  
an utzitare gorpua.

Asi zitzaitzun larri mirariak,  
hura gozetsiz, disdiran,  
non eta gozoz elizatiarrek  
deuntzat beitate segiran;  
Gotzai-autu ta donets-artekoan  
amabi urte yoan ziran;  
orren "markarik" maiz ez atera  
urteen jiran lurbiran.

Sotila beita ospatu degun  
Toma Apezpiku ta Deuna,  
aren berrian eman nai nizuen  
nere kaskoak daukana.  
Ortara nintzen bulkoan ere  
beitut neonek eguna;  
on dakigula zuei ta bioi  
Toma Deunaren omena.







## CASI UN CUENTO

Pedro Manuel sentíase incómodo en el pueblo.

Se creía tan superior al ambiente, que todo le parecía pequeño para él: encontrábase obligado a ajustarse a una medida que no era la suya. „

Tenía lo que se dice "letras". Había hecho el bachillerato. Heredero de una fortunilla, había pasado un par de inviernos en la capital de la provincia, hacía de ésto ya más de diez años. Había estado seis días en Barcelona, cuando la Exposición, y había hecho un gran viaje a Roma con ocasión de un año santo: cinco días en la Ciudad Eterna, y a la vuelta una semana en París... ¡Cuántas veces hablaba de aquel viaje! Todos sus amigos se lo sabían de memoria.

Y Pedro Manuel se sentía a disgusto en el pueblo; en su diminuta villa pescadora, con puntas y ribetes de estación veraniega.

No es que se aburriese. Al contrario: el tiempo pasaba para él demasiado aprisa. Mas por las noches, al ir a acostarse; por las mañanas siguientes, mientras se afeitaba; o cuando comía solo en su mesa de soltero... recapacitaba y se sentía víctima de los furiosos asaltos de una especie de remordimiento mezclado con inconcretas ambiciones. Culpábase de no hacer cosa útil: en total, cobrar sus rentitas, dormir, chismorrear, comer bien (eso sí: Pedro Manuel mimaba a su paladar como a un hijo único), leer un poco (muy poco), pasear mucho (muchísimo)... Vivía parasitariamente, del trabajo ajeno, y sobre todo del de su padre: capitán de barco fallecido hacía muchos años, y cuya memoria era para Pedro Manuel algo muy vago y muy poco expresivo... Y a él le habría gustado ser algo, serlo por sus propias fuerzas. Pero ser ¿qué? No lo sabía.

Además, sus rentas, no muy grandes, hacíanse cada vez menores proporcionalmente al costo creciente de la vida, y preveía que aquéllo no podría durar ya mucho tiempo...

Junto a esta inquietud, la conciencia de su propio valer obligábele a menospreciar al mundo que lo rodeaba, compensando así el desprecio que hacia sí mismo sentía cuando comparaba la vida laboriosa y fecunda de las gentes del pueblo, con la que él llevaba: perezosa y estéril. Sí: él valía mucho más que todos aquellos marineros, carpinteros, comerciantuchos e industriales de tercer orden; más que los guardias civiles y que los carabineros, más que el alcalde, que el médico, que el boticario y que los curas...

Veamos. No es que Pedro Manuel creyera valer tanto por sí mismo; pero no podía menos de reconocer que había recibido una educación esmerada, y a ella atribuía su superioridad. Si los otros hubiesen nacido, como él, en el seno de una familia celosa de su prestigio y puntual observante de las conveniencias sociales, si hubiesen viajado como él, estudiado y leído como él, valdrían sin duda tanto como él—afirmábase Pedro Manuel sinceramente—; pero era el hecho que nadie podía, en el pueblo, comparársele. Ningún convecino suyo había estado en París y en Roma con la “Kodak” en una mano y el “Baedeker” en la otra; a ninguno se le ocurría, como a él, conectar la radio para oír un acto entero—¡un acto entero y verdadero, sí, señor: aunque parezca mentira!—de “Aida”, de “Lohengrin” o de “Lucía de Lammermoor”; y ninguno tenía una biblioteca como la suya—que, incluidos los libros de matemáticas y de náutica que le había dejado su padre, y los textos del bachillerato que todavía conservaba, sumaba casi trescientos tomos—. Su biblioteca era única en la pequeña villa: era una verdadera institución local que ayudaba para resolver apuestas de casino, de la que hablaban orgullosos varios vecinos y que hasta había sido motivo de pequeños escándalos por sí contenía o no libros prohibidos: cosa que jamás logró ponerse en claro.

Pero Pedro Manuel no sólo había formado una biblioteca; había leído bastantes volúmenes, y ello tenía su importancia. Todos los “Episodios Nacionales”, de Galdós, muchas cosas de Pereda, de Valera, de Pío Baroja y de Ricardo León, algunas de Valle-Inclán y de Benavente; y “Amaya”, su novela favorita. Había empezado el “Quijote” y leído hasta casi la mitad de la primera parte del “Fausto”, del que poseía una bella edición castellana adornada con muchas y hermosas ilustraciones... Incluso, un buen día, compró un ejemplar de la Biblia con intención de leerse todo entero, aunque su propósito se quebró en el sexto capítulo del Génesis... De tiempo en

tiempo releía parcialmente sus textos de bachillerato, primorosamente conservados, y en especial la "Fisiología" y la "Historia Natural". Todas estas lecturas le daban un barniz, del que carecían sus convecinos.

Dos ambiciones tenía Pedro Manuel: casarse y residir en la ciudad.

Necesitaba una mujer en su hogar demasiado vacío desde la muerte de su madre, ocurrida diez años atrás. El tiempo transcurrido desde entonces, en lugar de ir acostumbrándolo a la soledad, habíalo convertido en enemigo cada vez más encarnizado de la falta de compañía. Acabó por echar a su celibato la culpa del progresivo anquilosamiento espiritual, de que se sentía invadido; en un pueblo, resulta mil veces más provechoso para el alma y para el cuerpo el permanecer en casa gozando tranquilamente de sabrosa conversación, que el vagar por las calles, de tasca en tasca o de vecino en vecino, sin saber en qué dar: preguntando las mismas cosas y recibiendo las mismas respuestas de todos los días anteriores y de todos los siguientes; o que el estarse chismorreando o jugando a las cartas en el viejo y mugriento casino... Mas ¿quién era capaz de permanecer en aquella casa solitaria, sin más calor que el de la cocina y sin más compañía que las de la vieja criada y el gato?

Necesitaba, pues, casarse. Pero ¿con quién? A él le hacía falta una mujer entretenida, amable, de cierta altura espiritual... Y semejante especie de hembra, no era posible hallarla entre las menestras ni entre las insoportables señoritas del pueblo, semieducadas y sin un gramo de sal en el caletre. En cuanto a las veraneantes... ¡Bah! Eran unas presuntuosas casquivanas que miraban por encima del hombro a los del pueblo, sin sentido elevado de la existencia, llenas de prejuicios de clase... Para encontrar la mujer que le convenía, Pedro Manuel necesitaba marcharse a vivir a la ciudad. Y aquí estaba el busilis...

Pues bien veía que, pese a todo, nada ni nadie lograría arrancarlo del pueblo. Estaba anclado. Definitivamente anclado. Y lo sabía. De no haberlo sabido, no se le habría pasado por la mente aquella idea de que necesitaba por fuerza trasladarse a la capital. Mientras le fué posible cambiar de residencia, no se le ocurrió que le hacía falta vivir fuera del pueblo. Los dos inviernos pasados en la capital no le habían dado el gusto por la vida urbana. Sólo más tarde, cuando ya su libertad de movimientos estaba casi anulada por la carestía de la existencia, comenzó a fortalecerse en su mente la idea de que el cambio de residencia le era imprescindible.

Para Pedro Manuel, el tardío nacimiento de esta convicción era debido a la inexorable ley que nos impide justipreciar las cosas mientras las tenemos a nuestro alcance; verdaderamente, ¡qué poco partido les había sacado a aquellos dos inviernos en que, "por variar", cuando aún podía permitirse este lujo, habíase instalado en la ciudad! Su existencia allí había sido tan estéril y anodina como su vegetar en el pueblo. Pedro Manuel llegó a adaptar la vida urbana a sus antiguos hábitos, y toda la alteración no pasó de un mero cambio de escenario: el traslado de su comedia, siempre igual, a un tablado diferente. Más jugo le sacaba ahora, por lo inusitada, a una escapadita de tres o cuatro días, que antaño se lo sacara a aquellas dos estancias de tres o cuatro meses.

Terrible angustia la de Pedro Manuel al ver que transcurría el tiempo, y seguía él sin casarse y sin salir de su rincón. Terrible su angustia al darse cuenta de que una inexplicable inercia lo mantenía sujeto allí: sujeto a su casa, a sus costumbres, a sus amistades —que, naturalmente, eran unas costumbres más.

¿Qué era lo que le retenía? Nada, en realidad. Su casa era vieja y muy poco cómoda. Aunque no muy fácil, no le sería imposible venderla o arrendarla a un precio aceptable... Y, sin embargo, no lo hacía. Sus costumbres eran hueras: meros modos de no hacer cosa alguna: paseos a la izquierda de graves personajes locales que sólo hablaban de sus particulares negocios o de ajenas intimidades, como si el campo del interés público se redujera a los asuntos privados; comidas gargantuescas en compañía de alegres glotones, o sin otra compañía que su propia gula y su propio aburrimiento; visitas sin más resultado que enterarse de lo que no le importaba ni tenía por qué importarle, y que se le olvidaba apenas lo aprendía; veladas estructuradas sobre un armazón de tragos innumerables, con relleno de intermedios silenciosos o insulsos: política mundial vista desde el pueblo, política del pueblo vista desde la taberna... De cuando en vez, una borrachera; más frecuentemente, en días lluviosos, una partida de cartas —mus o tresillo— con diferencias hasta de cinco duros... Vivía así distraído, sin darse cuenta de que iba viviendo, hasta que, un día, poníase a pensar en sus hábitos y renegaba de ellos. Y dábase cuenta de que, esforzándose, lograría cambiarlos; pero no se sentía con ánimo bastante para hacer el esfuerzo. Sus amigos eran los que no podían menos de serlo: la elección resulta, en lo que a esto respecta, muy difícil en los pueblos, por no decir que resulta imposible: un amigo le nace allí a uno tan inexorablemente como un bigote: tiene que ser, precisamente, aquél, y no otro; por la sencilla razón de que no hay otro... Desde pequeño

se les toma costumbre a determinadas personas, y con ellas se vive, a falta de gentes más al gusto de uno. La intimidad es mayor o menor; pero siempre existe, y no puede ser evitada más que a costa de un verdadero suicidio social. Vivir en un pueblo es como vivir entre paredes de vidrio; todos saben lo que haces, lo que dices, lo que piensas... Mejor dicho: todos cuentan cómo haces esto, y dices lo otro, y piensas lo de más allá, y preferible es tenerlos bien al corriente, y que digan la verdad, que no que anden diciendo por ahí sabe Dios qué cosas. Por eso Pedro Manuel sentíase desplazado entre sus amistades. Y, aunque le era posible, ya que no romper con ellas, enfriar al menos algunas relaciones, aflojar determinados lazos y reducir el círculo de sus íntimos, no lo hacía...

Nada hacía, de cuanto pensaba deber hacer. Y dejaba de hacerlo por pereza: por una pereza a cuyo incremento contribuía su rutinaria vida pueblerina; aquella existencia mezquina, a la que no renunciaba asimismo, por pereza...

Si él tuviese una carrera, podría marchar a la ciudad a ejercerla. Pero, cuando le llegó la edad de los estudios universitarios, su madre habíase opuesto a sus propósitos de hacerse médico. La buena señora, recién viuda, no consentía en separarse de su único hijo ni se sentía con fuerzas bastantes para acompañarlo a una población donde Pedro Manuel pudiera cursar medicina. En vista de ello, el muchacho tuvo que renunciar momentáneamente a la realización de sus no muy firmes deseos. Años más tarde, al morir su madre, ni se acordaba ya de su antigua vocación, aunque seguía releyendo de vez en cuando con deleite su viejo texto de fisiología. Luego, todos le decían: "¿Para qué vas a estudiar carrera? ¿No te basta con tus rentas? ¡Quién fuera tú, para sentirse libre de preocupaciones acerca del modo de ganar la vida! ¿Qué más quieres? ¡Dichoso tú!". Y Pedro Manuel, que llegó a creerse dichoso durante algún tiempo, no pensó más en trabajar.

Pero era el caso que, sin saber él bien por qué, la gente le miraba como a un ser especial. Su vida de cada día no podía ser más vulgar y monótona, y a su juicio en nada se salía de lo corriente. Sus días, como los de todos sus convecinos, eran iguales que el anterior y que el siguiente. Sus discusiones, tan vacías como las de todos sus conocidos: ninguna importancia tenía decir hoy una cosa, y mañana la contraria, ya que la cuestión era pasar el rato; baños de mar en verano, partidas de cartas en invierno, paseos, copiosas libaciones peregrinando de tasca en tasca... Todo ello dentro de lo que la mayoría de la gente acostumbraba hacer. Y sin embargo... Para la mayoría de la gente, Pedro Manuel era un ser aparte, un

"raro" de quien se sabían cosas extrañas. Una vez fué aquello de si tenía o si dejaba de tener libros prohibidos en su biblioteca. Otra vez, que lo habían visto salir a los muelles en las noches despejadas del verano y pasarse allí las horas identificando estrellas con ayuda de los mapas celestes que ilustraban los libros de su padre. Constaba también su amor a las flores, de las que diariamente adquiriría las más hermosas que hallaba, decorando luego con ellas su casa. Constaba igualmente que, alguna vez, había dicho (¡cosa increíble!) que con gusto se cambiaría por el más humilde pescador. Con estos hilos sueltos fué tejiéndose en torno de él una leyenda de extravagante, de "raro". Y, en ocasiones, sus amigos más íntimos habían llegado a informarle, en son de alarma y prevención, de este juicio que la *vox populi* formulaba a su respecto.

Pedro Manuel, a quien habría halagado que le hubiesen dicho: "Si haces tal cosa, van a llamarte raro y extravagante", sintióse culpable y abrumado de remordimientos cuando le dijeron: "Te llaman raro y extravagante". Y hacía lo posible por desmentir semejante opinión. Aunque a menudo se decía: "¿A mí, qué? ¡Yo soy el que soy!": no quedaba por ello tranquilo, Y procuraba hacer ver que su interés por las estrellas, su gusto por las flores, su amor a los libros y su añoranza de una vida laboriosa y sufrida, eran cosas perfectamente normales y concebibles en los más corrientes y molientes de sus convecinos. Pero su empeño resultaba vano. En el pueblo, el "raro" era él; y la opinión popular sobre este punto, parecía cada vez más arraigada.

Pedro Manuel pensaba que, viviendo en la ciudad, su reputación sería, probablemente, muy otra. En una gran población el individuo es libre de moverse por donde le plazca y de decir cuanto desee, sin temor a la crítica universal; por lo menos, Pedro Manuel así lo creía firmemente. En la ciudad podría él... ¿qué no podría él en la ciudad? ¡Ah, la ciudad...!

Pero sus sueños de vida urbana eran terriblemente inconcretos. A fuerza de añorarla sin concebirla, Pedro Manuel había idealizado la existencia ciudadana, despojándola de todo sentido material, complejo, real. La "capital" de su ensueño, aunque existía y estaba allí, a una cuarentena de kilómetros, y aunque él la había habitado en dos inviernos, y la visitaba cada año dos o tres veces, era algo cada vez más etéreo, más volátil: una abstracción que constantemente lo llamaba hacia sí, escapándosele cada vez que él se ponía a examinarla para ver bien en qué consistía. Su idea era simple en extremo: carecía de elementos componentes, no había manera de hacer su disección, de practicarle la autopsia. Más o menos re-

signadamente, Pedro Manuel había llegado a darse cuenta de ello, y por eso absteníase cada vez más de intentar lo irrealizable: contentábase con la abstracción pura y simple: purísima y simplicísima: encantadora en su verdad incontestable e improbable. Y lejana, ¡ay!, irremediabilmente lejana.

Y, de puro lejana, de puro improbable e incontestable, su abstracción había acabado por hacerse indestructible. Sí, en sus ensueños pueblerinos, Pedro Manuel hallábase cada día más seguro de que cien mil desengaños en cien mil ciudades reales y concretas no lograrían ya matar, ni siquiera mermar en lo más mínimo, el encanto sin par de la ciudad que reinaba en su alma como Dulcinea en la del Manchego: ideal, resplandeciente, indemne entre las pedradas que magullan carnes y quiebran cristales, e impoluta en medio de las salpicaduras de un triste lodo palpable.







## PIARRESH'EN IZIALDURA

Herri ttipietan ere, hirietan bezala, badire yende gaishtarrot eta trufatzaileak. Irri egiteko, debruzko yakintzak asmatzen dituzte zonbaitek.

Behin, bospasei adishkidek egin zuten afari on bat. Untsa yan-edan ondoan, eta gauza guzietarik mintzatuik, erori ziren sorgin, debru eta lamina solasian.

Trufatzen ziren gaizo zozo horietarik, itsuki sinesten dutenetarik atso beltzat, yats batian zaldizko, shimindegiari beiti sukaldetan sarzen direla.

Irri karkailetan zauden denak holako astokerietaz.

Adishkideetarik bat, Piarresh, gizon izikorra zen, bainan aulkeria hori ez agerrarazteko, berak ere irri egiten zuen, barnian erabe izanikan ere.

Piarresh bizi zen herritik urrunshko, mendian, bazterretche pollit batian.

Maaitik shutitu eta erran zien, adishkideeri: "Uzten zituztet, emaztiak ez nezan berantets, Egizie lo, eta bihar artio". Gauza bera, Piarresh, iardesten dute.

Etzakien gaizoak ze debrukeria zuten asmatua lagunek beraz trufatzeko. ¿Nola sinets afaria shede hortan egina zutela?

Abiatzen da Piarresh mendiari goiti bide zeriarkatu eta sasitsu batian. Gaua illunenetarik zen. Hiru urrats aitzinago etzen bihirik ageri.

Burua apaldia ostatuko solasak gogoan, bazohan doi bat beldurtia, noiz eta bat-atian, brist!, iragaiten zaio zerbait zangoen ondotik. Illun beltz artan ezin ikusiz shakurño izitu bat zela, bihotzak punpa bat egiten dako.

Hándik arashago, bidearen bihurgune itsusienean entzuten du garasi samin bat.

Gelditzen da Piarresh landatua, ikaratua.

Beste bi urratsen ondotik berriz aditzen du oyu izigarri bat, denbizihoa baiño ozenagoa.

...Eta aritz ondo lodi baten sahetsetik agertzen zaio egundaiño ikus ditek gaugarik ikaragarriena!...

Gizon edo debru alimale luze bat, burutik zangoetaraino mihise shuri batekin yauntzia, begitartea kukutua, argi bat eskuan...

Eta hobitik edo infernutik ateratu botz itsusi batekin erraiten dako Piarreshi.

“Arima erratua nuk, debru gorriak igortzen nik hiri yakinarazteko ifernuko suian kishkalduko izala hogoi egunen buruan betiereko oiñazetasun ez balinbaduk berehala itzultzen yabeari ebatsi ien zikiro ura Dominisheneko artaldetik”.

Eta Piarreshék, lurrari itzatua, ezin igituz, bihotza panpa zalaparran, yardesten du botz mehe batekin. “Baa eginen dut zuk erraiten daazuna”.

Bainan orduan arima erratua, yauzi batez, mihisia zaflaka, be-soak zabaldurik, atzaparrak idekiak, Piarresh'en lepoari lotzeko eta itotzekotan zohalarik, hau, (indarrak ez dakigu nola herrituak), itzultzen da eta patarrari behera urtshintcharen zalutasunian artzen du herriko bidia hats gaitzian, hasperen aundian.

Tupustan eta lehertua sartzen da ostatuan, eta erraiten dako etche-koandieriari. “Trenpe chartia niz, eta nai nuke hemen iragan gaua”.

—¿Bainan zer duzu, ze gertatu zauzu Piarresh: nai duzia artu tea edo tisana bero bat? —Ez, ezdut deuseren beharrik.

Eta emaztekiak ereman zuen ganbera baterat. Piarresh oean edatu zen zabal-zabala, bihotza oraino yauzika.

Haren adishkideak kututuak zauden beste ganbera batian, denak entzunik, irriz leher egiteko pundian bezala.

Bulta baten ondotik etchia ishiltasunian zelarik, ateratzen dira andik, eta zango puntetan yuaiten Piarreshen ateko giltza shilotik soierat. *Arima erratia* ere eiekin zen...

Piarresh entzuten du herriz oishtian aditu garrasaia. Gaizoari orduan argitzen zaio adimendua, eta dena ulertzen! Erra gorrian oyu egiten du: Urdeak, urde tresna tzarrak!!

Bainan etzen ohetik igitu. Pausu luze baten beharrean zen.

*Enrike ZUBIRI.*

Gaishtarrot = malicioso.  
Trufatu = burlatu.  
Yakintzak = mofas.  
Untsa = ongi.  
Yats = eskoba; isats.  
Izikorra = beldurtia.  
Aulqueria = milizkeria.  
Erabe = bildur.  
Berantets = berandutu.  
Iardesten = erantzuten.  
Shede = asmo.  
Solasak = izketak.  
Skakurño = chakurto.  
Izitu = izutu.  
Araskago = aruntzago.

Mihise = maindire.  
Ozenago = más sonoro.  
Erratua = aparecido.  
Igituz = mugituz.  
Patarra = malda; aldapa.  
Hats gaitzean = laster aundian.  
Tupustan = atropelladamente.  
Trempe chartua = ez ongi.  
Yauzika = saltoka.  
Kukutu = esconder.  
Pundian = pontuan.  
Soierat = behatzera, ikustera.  
Pausu = deskantsu.  
Izaldura = susto.

## SEMBLANZA DE LOS LEALES AMADORES

La cortesanía se le rezuma a la obra santillanesca; obra de aroma tenue, muy vaporable, como de fruto serondo. Don Iñigo nos cuenta en su "Diálogo de Bías contra Fortuna", cómo habiéndole señoleado la diosa con sus mercedes, el sabio de Priene se reporta diciéndose que no por medrar en esta vida de acá, es cosa de perder la de allá. Y luego nos describe su cielo, un paraíso a la Botticelli, donde entre doncellas y garzones, que son "polidos en sus fablas", podrá él:

"...cantando,  
vivir siempre goçando  
de cesar toda mudança."

Era el marqués un guerrero inclinado a las letras, cosa muy dada en su tiempo. Estando las armas ociosas, nada como esparcirse componiendo trovas; aunque, este de trovar, no sea un arte del todo fácil, pues el trovero, el rimador más bien, habrá de encañar el agua fresca y desbordante de los viejos monorrinos, en la creciente apretadura de las nuevas formas ocitánicas.

El juglar de antaño se ha vuelto el trovero de hogaño. Ya no es el sopón andante, el gorrista de todos los hostales donde para cuando la noche le saltea en medio del camino; y todavía es menos aquel tosco recitador que vertía un cantar de gesta, una saga gótica, ante los pecheros adunados en las plazas. No queda ya un Berceo que palpe la molla, la carne de los temas, antes de cubrir su vigorosa desnudez con la estameña de los tetrástrofos. Ahora señorea la forma; y con no ser más que esto, la forma, ella lo es todo; con ella se ha de cercar, se ha de rodear la oquedad lírica, el poemático

agujero, tal como según el dicho del rústico, fabrica el armero los cañones. Y los alejandrinos de antaño, cimbrados y acerados como lanzas, de puro encogerse, se han vuelto estas cañucelas de hogaño; cañucelas de justador, que sólo sirven para los torneos retóricos de las cortes de amor, para las requestas, los tenzones. Basta exprimir sobre los nervios de la estrofa unas gotitas ácidas, vivarachas, traviesas; pocas, apenas lo necesario para que tiemble una apariencia de vida.

El paso del trovero sólo deja señales de una excesiva destreza. Y es que no repara en tachones cuando se trata de ahogar una pulsación demasiado íntima, que haría temblar la mano, empañando la tersura de los versos. Y de aquí nace el que los del uno se hayan atribuido torcidamente al otro; el que hasta el coplero más desmañado haga suyos los conceptos eróticos de un Villasandino o de un Suero de Ribera; y también que el mayor incentivo para la lectura de las serranillas, sea la esperanza de hallar un verso, al menos, donde los respiros del marqués velen un poco la imperturbable transparencia...

...Prologando su cancionero, Juan Alfonso de Baena dice del poeta:

“...e otrossy sea amador, o que se finja de serlo, porque es opinión de muchos sabios que todo ome sea enamorado, conviene a saber, que ame a quien deve o como deve...”

Y en uno de los sonetos “fechos al modo itálico”, se pregunta:

“...Di que faremos del ordenamiento  
De amor que priva toda señoría  
E rige e manda nuestro sentimiento?”

Así reconviene don Iñigo a una dama zahereña, llevado menos de su afición, no muy ahincada, que de su prurito de cortesano, de amor muy versado en el “Ordenamiento del Amor”. Cuando más, descubre un poco el flanco al saetazo erótico, ojo avizor para que la llaga no ahonde mucho; así podrá sentir que se muera, sin morir:

“...siento que muero, e no me quexo.”

Y como el amor no le mana dentro del pecho, antes le saltea desde fuera, el amador apresta sus mejores armas defensivas. Gómez

Manrique aguarda bien pertrechado las acometidas, que ya le anuncian cajas y añafiles:

“...En una gran turbación  
de los sones tanto fieros,  
que los daños venideros  
témelos el corazón,  
a gran prisa demandé  
las mis armas defensivas...”

Y luego de una brega enconada, las depone, dejando que Amor lo lleve:

“...a la su prisión tan fuerte,  
do maldiga de la muerte”.

Sobre esta prisión de los leales amadores, nadie urdió metáforas tan revesadas como Diego de San Pedro, el de la “Cárcel de Amor”. Leal amador, tal pudiera ser el sobrenombre; y la empresa: “contra desvío, lealtad”; puesto que nace amor de los desvíos y de ellos se alimenta:

“...yo parto con gran dolor  
por ir de vos apartado  
yo parto muy amador  
de vos que voy desamado...”.

*(Gómez Manrique)*

Pero se cuidaba que el repudio no fuese violento, no hiriese cuerdas que, por lo graves, nadie aún se atrevía a pulsar. Además, era el requiebro tan por lo suave, que a veces no se percataba de él la misma dama a quien se hacía. El amador se acomodaba, se había de acomodar a lo que ella sufriese; nada de apretarla con sarcasmos a lo Byron o lo Espronceda. Y si se ha de mostrar celos, lo que fué tenido por desvarío, que no fuera sino como un temblorcillo imperceptible; nada de impropiedades que desentonen como debió de desentonar aquel de Diego de Valencia:

“...Quien me ora de vos parte  
e me pon en vuestra saña,  
¡muerte muera supitaña  
en que Dios non aya parte!

¿No se glorió Villasandino de tener muchos rivales?:

“...muchos ay que le servían,  
servían e servirán...”

Y asoma el enojo cuando añade:

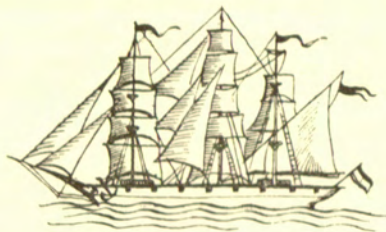
“...otros ay que mal dysían,  
mal dysen e mal dyrán”.

Frente a una dama zahereña, se juntan en paradógica hermandad los amadores.

Pero, ¿y el intenso, el hondísimo dolor de Macías?

“...Aquesta lanza sin falla,  
¡Ay coytado!,  
Non me la dieron del muro,  
Nin la prise en la batalla,  
¡Mal pecado!,  
Mas viniendo a ti seguro,  
Amor falso e perjuro  
Me firió e sin tãdança,  
E fué tal la mi mudança  
Syn ventura...”

Este doncel de don Enrique el Doliente, este sin ventura de Macías, tan envainado en su leyenda, ¿no quebraría las reglas del juego, viniendo la muerte a castigar tal descarrío? Santillana lo pone en la picota de su “Infierno”; para escarmiento de todos, sin duda. El morir suyo es la contranota del sugestivo, del contagioso suicidio de Werther. Mientras el goethiano amador ha sido el señuelo de toda una generación, a Macías lo vieron desquiciado las gentes de su tiempo; asustábalas.



## UN POETA BARROCO

En la segunda mitad del año pasado, la Universidad de Granada ha publicado la tesis doctoral del joven escritor Antonio Gallego Morell, leída el 12 de febrero de 1947 y que es un estudio sobre Pedro Soto de Rojas, eclesiástico y poeta granadino que vivió a horcajadas de los siglos XVI y XVII (1). El estudio resulta extraordinariamente completo, abarcando los datos biográficos, las obras del poeta y la crítica de las mismas, interpretando su personalidad a través de unos y otras, y comentando la producción poética de Soto de Rojas.

Nacido este último en 1584, en el mismo año en que quedó terminado el Escorial, y muerto en 1658, al año siguiente de ser pintadas "Las Meninas", pertenece a la plenitud del barroco español y es contemporáneo de Góngora, cuya producción del "Polifemo" y de las "Soledades" en 1613 señala en la obra de Soto una cesura que la divide en dos partes bien distintas: la anterior a dicho año, "tierna, garcilasina, de égloga, soneto y madrigal"; y la posterior, "audaz, gongorina, de mitología y metáfora, en el aluvión de las octavas. El primero, un *Soto blando*, como lo llamaba para esta primera poesía Jorge de Tovar; el otro era el *intrincado Soto* del soneto de Lope". Amante de las bellezas de la vida, Soto tomó sus mejores recreos del planeamiento y cultivo de un italiano jardín—uno de los bellos cármenes granadinos—, cuyos encantos cantó poéticamente y al gusto también italiano.

Revisando con cuidado todos los datos referentes a Soto, tanto los explotados por otros críticos como los todavía sin explotar y sin descubrir, y sometiendo la obra del poeta a un nuevo y riguroso examen lleno de la comprensión y de la simpatía que naturalmente engendra el paisanaje, Antonio Gallego ha producido un libro a la

---

(1) «Pedro Soto de Rojas», en los Anejos del Boletín de la Universidad de Granada, primer volumen de Tesis Doctoral, 160 páginas. Granada, 1948.

vez cargado de erudición y adornado de amenidad, de primordial importancia para el conocimiento de Soto de Rojas, y de indudable interés para el estudio de la poesía barroca en lengua castellana.

J. M. de A.

## UN NUEVO LIBRO DE LUIS DE CASTRESANA

Castresana, escritor vasco de la última hornada (la más joven, probablemente, de todas las plumas vascongadas del día), acaba de publicar un nuevo libro (1).

Los anteriores eran pequeños volúmenes de escaso número de páginas, vacilantes todavía y poco maduros, con más promesas que realidades en su interior. Ahora se trata de un tomo de cierto cuerpo, y muchísimo más "hecho" —técnicamente hablando—, que contiene ocho cuentos largos y cortos: narraciones llenas de movilidad e interés; relatos audaces en los que valientemente se pone la existencia al desnudo y los personajes dejan traslucir la intimidad de su corazón vapuleado por un destino inclemente. "Cuentos del dolor de vivir", preñados de vida y de dolor, donde el dolor y la vida se funden para ser una misma cosa, están en la línea creadora que hasta el día ha seguido Castresana. Ya en sus producciones anteriores había mostrado este autor su preferencia hacia los temas amargos: una inclinación decidida a elegir los aspectos dolorosos de la existencia como asunto de sus narraciones —novelas o cuentos—, captando casi siempre con intuición extraordinariamente certera la realidad humana oculta detrás de esos gestos de sufrimiento reprimido, de esa falsa y sólo aparente alegría, o de esas lágrimas incontenibles, que esconden tanto y tanto drama de las almas.

Es Castresana muy joven, casi un adolescente, y por eso asombra más la hondura de su percepción. A ello le ha conducido en buena parte su experiencia personal, breve pero intensa; sin embargo, el verdadero secreto de su acierto no reside aquí, sino en su excepcional temperamento artístico. Experiencias amargas, las tiene mucha gente; sensibilidad para calar hondo en el dolor de la vida, tomán-

---

(1) «Cuentos del dolor de vivir». Colección «Umbral», número 1; Rafael M. Gil, editor. Bilbao, 1948. 142 páginas, 15 pesetas.



dolo en sus más distintas manifestaciones, sólo puede tenerla el artista.

Castresana lo es; lo es íntegra e insobornablemente, en virtud de una poderosa vocación inconfundible: artista en todos los aspectos de su vida; no esteta —las formas le preocupan poco, va derecho al meollo de todas las emociones—, sino artista: capaz de dar en una obra de creación la medida de sus intuiciones, de sus experiencias y de sus presentimientos, comunicando al contemplador una emoción nueva.

Sería exagerado decir, usando una vez más el gastado tópico, que estos "Cuentos del dolor de vivir" están escritos de manera maestra; Castresana se encuentra todavía lejos de la maestría; pero sí es cierto que están escritos con mano firme, de la que brota ya algo más que las promesas que apuntaban en sus primeras publicaciones. El escritor está sin terminar de hacerse; con todo, está bastante más hecho que casi todos los escritores de renombre local, e incluso más que muchos de renombre nacional. Su prosa —modelo de claridad y de penetración, de agilidad y de nervio; prosa aún sin pulir, y ya de primera calidad— revela un temperamento vigoroso que puede llegar a ser colosal y que se vuelca todo entero, tal cual es, desde la primera hasta la última línea. Porque Castresana se da sin rebozo ni tacañería en su literatura: para que quien guste de él, lo tome; y quien no, lo deje.

Su gusto personal es discutible, y será indudablemente muy discutido. Por mi parte, le encuentro más de un fallo en este aspecto. Pero estos fallos, así como la endeblesz estructural de algunas de sus narraciones, están más que compensados por su extraordinaria pujanza como artista: como autor de esa prosa agilísima y enérgica cuya calidad nos revela todo un escritor.

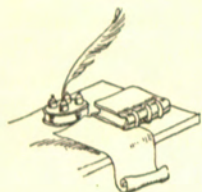
*J. M. de A.*

## UN POETA LEVANTINO

Con el título "Alma en flor" ha sido publicada una breve colección de cuarenta y ocho poesías del poeta de Crevillente Angel Miquel Alcaraz. Se trata del segundo libro de poemas que publica este autor, y aunque tanto en el breve prólogo como en la dedicatoria parece apuntar una intención predominantemente subjetiva: algo

así como si se tratara tan sólo de las páginas sueltas de un diario íntimo: los versos, libres y sencillos, están penetrados de la esencia de las cosas y respiran un profundo sentido objetivo, como si el poeta, en lugar de transformar el mundo en estados de alma, fuese transformando su propia alma en las múltiples formas del mundo que lo rodea. Sin novedad en el estilo ni el fondo, ni rasgo alguno que revele una personalidad potente, el libro es no obstante de lectura grata, gracias a la delicadeza exquisita con que el poeta va vertiendo en él, un poco abstractamente, el perfume de los árboles y de las aves, del mar y de los crepúsculos, de la luz y de las campanas: de todas esas cosas sencillas que permanentemente han inspirado, inspiran e inspirarán la lírica de todos los tiempos.

*J. M. de A.*



PUBLICACIONES  
DE LA  
REAL SOCIEDAD VASCONGADA  
DE AMIGOS DEL PAIS

---

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE  
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLOIDA  
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR,  
por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-  
DAD VASCONGADA, por José María de  
Arellza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-  
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga  
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE  
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON  
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,  
por Ignacio de Urquijo.

REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-  
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y  
EGAN: 50 Ptas.

MUNIBE.—Suplemento de Ciencias Na-  
turales.

---

Redacción y Administración: Museo de San Telmo  
SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.  
SAN SEBASTIAN